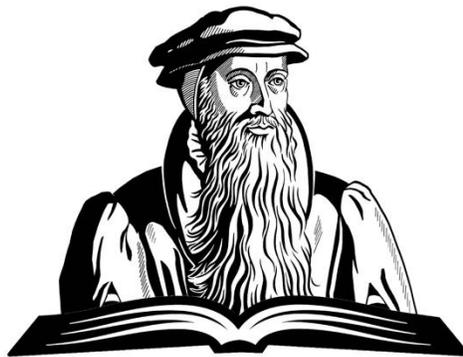


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:  
EL CATECISMO MENOR  
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 42:  
LOS DIEZ MANDAMIENTOS:  
AMOR DESDE ADENTRO

Preguntas 79-81



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confianza nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo*

Instituto John Knox de Educación Superior  
*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

# EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
- 42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81**
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

# 42 LECCIÓN

## LOS DIEZ MANDAMIENTOS: AMOR DESDE ADENTRO

**P. 79.** *¿Cuál es el décimo mandamiento?*

**R.** El décimo mandamiento es: «No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo».

**P. 80.** *¿Qué se requiere en el décimo mandamiento?*

**R.** El décimo mandamiento requiere un contentamiento pleno con nuestra propia condición, con un espíritu recto y caritativo hacia nuestro prójimo y todo lo que es suyo.

**P. 81.** *¿Qué se prohíbe en el décimo mandamiento?*

**R.** El décimo mandamiento prohíbe todo descontento con nuestra condición, envidiar o afligirse por el bien de nuestro prójimo, así como los deseos y afectos desmesurados hacia cualquier cosa que sea suya.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 42:

En esta lección, estudiaremos el último de los diez mandamientos. Hasta ahora hemos visto que cada uno de los mandamientos de Dios nos dirige por el camino del amor, amar a Dios y amar a nuestro prójimo. Este mandamiento hace lo mismo. Sin embargo, nos dirige más específicamente a los deseos internos de nuestros corazones, con más énfasis que los otros

mandamientos. Debemos ser claros: cada uno de los mandamientos es espiritual. Es decir, cada mandamiento aborda nuestros pensamientos y deseos, así como nuestras acciones externas. No obstante, este mandamiento en particular, se centra casi exclusivamente en los deseos del corazón. Veamos nuestras preguntas para la lección de hoy, preguntas 79 a la 81, todas estas se refieren al décimo mandamiento.

Pregunta 79: «¿Cuál es el décimo mandamiento? El décimo mandamiento es: No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo».

Notemos que está prohibiendo que cualquier cosa que pertenece a nuestro prójimo sea codiciada por nosotros. Esta pregunta nos lleva al décimo mandamiento. El mandamiento se encuentra en Éxodo 20, versículo 17, y Deuteronomio 5, versículo 21. La palabra traducida aquí como «codiciarás», es una palabra que se refiere a nuestros deseos. De hecho, esta misma palabra también se traduce como «desearás» en Deuteronomio 5, versículo 21. Así que, notemos que el mandamiento no nos dice que está mal desear; sino que, prohíbe que deseemos lo que pertenece a otra persona. El mandamiento abarca todas las cosas, de esta manera: «ni cosa alguna de tu prójimo». Y así, Dios está diciendo a nuestros corazones, en otras palabras: «No debes desear lo que otros tienen, sino contentarte con lo que Yo te doy».

Analícemos la pregunta 80: «¿Qué se requiere en el décimo mandamiento? El décimo mandamiento requiere un contentamiento pleno con nuestra propia condición, con un espíritu recto y caritativo hacia nuestro prójimo y todo lo que es suyo».

Bien, aquí vemos las responsabilidades o requerimientos de este mandamiento. Por «espíritu caritativo» debemos entender una bondad interna hacia nuestro prójimo y todo lo que le pertenece. Analizaremos esto con más detalle en nuestra lección.

Reflexionemos en la pregunta 81: «¿Qué se prohíbe en el décimo mandamiento? El décimo mandamiento prohíbe todo descontento con nuestra condición, envidiar o afligirse por el bien de nuestro prójimo, así como los deseos y afectos desmesurados hacia cualquier cosa que sea suya».

Esta respuesta nos muestra lo que está prohibido, es decir, lo que el mandamiento nos dice que no debemos hacer. La palabra «desmesurados» se refiere a algo que es desordenado u obsesivo. Tales deseos no están de acuerdo con el orden que Dios ha dado para nuestros deseos. Veremos esto en nuestra lección.

Para nuestra lección, veremos tres puntos principales: primero, *amar lo nuestro*; segundo, *el amor hacia nuestros prójimos*; y tercero, *el amor que es sincero*.

### *1. Amar lo nuestro*

En primer lugar, *amar lo nuestro*. Para evitar que codiciemos lo que otros tienen, debemos estar satisfechos con lo que Dios nos ha dado. Por eso la respuesta a la pregunta 80 muestra que «El décimo mandamiento requiere un contentamiento pleno con nuestra propia condición». Tener contentamiento significa estar satisfechos. Si hemos de tener pleno contentamiento con nuestra propia condición, entonces entenderemos por qué la respuesta a la pregunta 81 dice: «El décimo mandamiento prohíbe todo descontento con nuestra condición». En la respuesta 80 se nos dice que nuestros corazones deben estar satisfechos con lo que Dios nos ha dado, «nuestra propia

condición»; y nuestros corazones no deben expresar algún descontento, alguna insatisfacción con lo que Dios nos ha dado. El contentamiento pleno significa estar satisfechos y agradecidos por lo que Dios nos ha dado.

Este es un gran desafío, particularmente en la cultura de hoy, donde el mundo siempre nos dice que lo que tenemos no es lo suficientemente bueno, que necesitamos más. La Biblia nos recuerda que debemos pensar de manera diferente a como piensa el mundo. Por lo tanto, este pleno contentamiento debe incluir lo que sentimos respecto a nuestros cuerpos, nuestras familias, nuestras posesiones, nuestras habilidades. No significa que debemos estar satisfechos con nuestro pecado, o con los pecados contra nosotros. Significa, sin embargo, que lo que Dios nos ha dado es para satisfacerlos. Podemos ser ricos o pobres, pero aún así debemos estar en contentamiento. Podemos ser altos o pequeños, podemos tener muchas oportunidades de avanzar en este mundo, o podemos tener pocas oportunidades para avanzar en el mundo. Cuando lees, por ejemplo, en el libro de Efesios, no encuentras a Pablo diciéndole a los que eran siervos que estuvieran descontentos con su condición, más bien, como siervos, debían servir con alegría a sus amos. Y seguramente si ellos, que tenían tan pocas oportunidades de avanzar en este mundo, debían estar contentos y servir al Señor con fe, seguramente nosotros, en nuestras propias circunstancias, cualesquiera que sean esas circunstancias, somos llamados a estar contentos en el Señor, y servirle con alegría.

La razón es que, en última instancia, Dios es quien nos ha dado todo lo que tenemos. Él es quien nos dio a nuestros padres; Él es quien nos colocó en el lugar donde vivimos; y en el momento histórico en el que vivimos. Él nos ha proporcionado nuestra comida y nuestras casas. De hecho, Él nos ha dado todas las cosas. Nuestras posesiones, todo lo que es nuestro, nos lo ha dado Dios. Así que, para estar en contentamiento, debemos entender que nuestras circunstancias están gobernadas en última instancia por Dios. Para estar en contentamiento con lo que es nuestro, necesitamos entender por qué lo que es nuestro, es nuestro, es decir, es nuestro porque Dios, en su sabiduría, nos lo ha dado. El camino para estar en contentamiento es recordarnos a nosotros mismos que debemos mirar a Dios. Él es soberano sobre todas las cosas.

Es una verdad que, cuando necesitamos de cosas como comida, agua, y ropa, esto nos enseña a buscar a Dios, porque Él es proveedor, y Él ha prometido proveernos estas cosas. Recordemos sus palabras, que mientras busquemos primero su reino y su justicia, todas estas cosas, como comida, agua y ropa, nos serán añadidas. Él nos ha prometido estas cosas. Y debemos contentarnos con vivir dependiendo diariamente de Él. Medita en cómo Cristo nos enseñó a orar: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy». Deberíamos estar contentos y satisfechos, incluso si Dios nos quitara toda la comida que tenemos para mañana y pasado mañana, la que guardamos en nuestros refrigeradores, o en nuestra alacena. Aun así, deberíamos estar contentos de confiar en Dios día con día.

A fin de cuentas, esto nos lleva a confiar en Él. Él ha prometido proveer. Nosotros deberíamos gozarnos con prometerle nuestro contentamiento. Podemos, y ciertamente, debemos pedirle cosas que Él ha prometido. No se trata de estar pecaminosamente descontentos con nuestras circunstancias. Al contrario, es ver cuáles son nuestras circunstancias, y dirigirnos a Dios para que Él provea como Él ha prometido. En otras palabras, la mejor manera de estar contentos con lo que Dios nos ha dado, es confiando en Él. Debemos confiar en su sabiduría y en su bondad. Debemos confiar en que Él nos dará lo que necesitamos, cuando lo necesitemos.

Esto también nos enseñará a ser agradecidos por las cosas que hemos recibido de Él. Ninguno de nosotros merece ni siquiera un poco de misericordias de Dios. Él es santo. Él está por encima de todo, es glorioso, y nosotros hemos pecado contra Él. Aun así, Él nos ha dado bondadosamente muchas cosas buenas. Si te tomaras el tiempo de hacer una lista (y te reto a que lo hagas) de todas las cosas buenas que Dios te ha dado sólo el día de hoy, empezarías a ver lo misericordioso y bondadoso que ha sido Dios. Si luego te pusieras a pensar en toda tu vida, verías que, aunque hubo y habrá pruebas y problemas, aun así, el Señor ha sido bueno contigo. Cuando empezamos a discernir esto y a reconocerlo, es entonces cuando aprendemos a estar agradecidos y en contentamiento, porque no merecemos nada de Dios. Por lo tanto, si alguna vez hemos recibido algo bueno de Él, seguramente tenemos motivos para estar satisfechos. Y si hemos recibido mucho de Él, es motivo para estar todavía más contentos con lo que nos ha dado.

## *2. Amor hacia nuestros prójimos*

En segundo lugar, el *amor hacia nuestro prójimo*. En el segundo punto, cambiaremos nuestra atención a las cosas que pertenecen a nuestro prójimo. Con frecuencia no prestamos atención a quienes tienen menos que nosotros, y a menudo nos fijamos con mayor atención en quienes tienen más que nosotros, o tienen mejores cosas que nosotros. Bueno, en tales situaciones, necesitamos recordar este mandamiento. Nos indica ser amorosos con nuestro prójimo y todo lo que él o ella tiene.

Reflexionemos en la respuesta a la pregunta 80, que debemos tener «un espíritu recto y caritativo hacia nuestro prójimo y todo lo que es suyo». Esto puede estremecer nuestros corazones con una dura verdad, porque a menudo estamos tentados a quejarnos de que nuestro prójimo recibe cosas mejores que nosotros, según nuestra opinión. Tal vez, en la escuela, obtienen mejores calificaciones. Puede que reciban mejores cumplidos. A medida que crecemos, puede que haya personas con las que trabajamos que ganen más dinero, tienen más posesiones, viajan más, tienen mejor salud. Pero si nos detuviéramos a considerar esta perspectiva desde un corazón de amor.

Recuerda, los mandamientos son formas particulares de mostrar nuestro amor. ¿Cómo se manifiesta el amor a nuestro prójimo cuando recibe cosas buenas? Bueno, el amor se regocija en las cosas buenas que Dios da a nuestro prójimo. Vemos a Dios siendo generoso con nuestro prójimo, y en amor, debemos dar gracias a Dios por su bondad hacia él. Cuando vemos que Dios bendice a nuestro prójimo, en lugar de envidiarlo, amargarnos y ser crueles con él, en amor, debemos dar gracias a Dios, bendecir su nombre por su bondad. A esto es a lo que se refiere el catecismo cuando nos muestra que está necesariamente prohibido sentir envidia hacia todas las cosas buenas que posee nuestro prójimo.

Observemos, El décimo mandamiento prohíbe por completo «envidiar o afligirse por el bien de nuestro prójimo, así como los deseos y afectos desmesurados hacia cualquier cosa que sea suya». Esta expresión, «deseos y afectos», tiene que ver con nuestros sentimientos y emociones, y cómo es la forma en la que en nuestro interior nos conducimos hacia nuestro prójimo.

Esto se ve explícitamente en el mandamiento. Analicemos las siguientes palabras: «No codiciarás la casa de tu prójimo». Recuerda que la palabra «codiciar» es desear. No mires la casa de tu prójimo y digas: «Esa es la casa que yo quiero». «No codiciarás la mujer de tu prójimo», un hombre casado que mira a la esposa de su prójimo y dice: «Esa es la mujer que yo quiero». «Ni a su siervo» sus empleados, en nuestros días, «ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo». En otras palabras, cuando vemos lo que se le ha dado a nuestro prójimo, es pecaminoso que nuestro corazón lo desee y diga: «Eso es lo que yo quiero. No solo quiero cosas buenas del Señor. Quiero las cosas que le dio a esa persona».

¿Por qué no debemos envidiar ni afligirnos por las posesiones que Dios le da a nuestro prójimo? Primero, no debemos hacerlo, porque es Dios quien está proveyendo a nuestro prójimo las cosas buenas que le provee. Afligirse por esto, es implicar que Dios no es bueno o sabio en lo que está haciendo hacia ese prójimo. Y así, en última instancia, tener envidia o afligirse por el bien que recibe nuestro prójimo es levantar una acusación contra Dios, que es perfectamente sabio y siempre es bueno.

Pero, en segundo lugar, cuando nos entristecemos o envidiamos las posesiones que recibe nuestro prójimo, estamos ignorando las muchas misericordias que hemos recibido de Dios. Recuerda, ninguna cosa buena que tú o yo hayamos disfrutado, que hayamos recibido, por pequeña que sea, es algo que hayamos merecido de Dios. Y al examinar y hacer una lista de las cosas que Dios nos ha dado, veremos que nos ha dado muchas cosas buenas. Puede que no sean exactamente las mismas cosas buenas que les da a otros, pero cuando entendemos lo que merecemos de Dios, especialmente como pecadores, que merecemos su ira y maldición, y sufrir su juicio ahora y por siempre, el que se nos hayan dado pequeñas misericordias, es infinitamente superior a lo que merecíamos. Así que, envidiar o afligirse por las cosas que nuestro prójimo recibe de Dios es ignorar las verdaderas misericordias que Dios nos ha dado.

La otra razón, la tercera, es que envidiar o afligirse por lo que recibe nuestro prójimo, es ignorar la manera correcta de buscar en Dios las cosas que necesitamos, es decir, mediante la oración de fe. Así que piensa por un momento, ¿qué bien nos hace envidiar o lamentarnos por los bienes que recibe nuestro prójimo? Esto no nos hace ningún bien, de hecho; por así decirlo, infecta nuestras almas, y nos llena de amargura. Y Pablo ha dicho explícitamente que esta envidia amarga debe desaparecer de nosotros, que debemos estar llenos de amor hacia nuestro prójimo.

Bueno, ¿qué es lo que debemos hacer cuando estamos en necesidad de varias cosas? Debemos orar. Debemos llevar nuestros corazones a Dios. Podemos dar gracias a Dios por las cosas buenas que hemos recibido de Él. Podemos agradecerle por las cosas buenas que le ha dado a los demás. Y podemos venir a Dios y decirle: «Dios, estoy necesitado de misericordia. Ten piedad de mí». Ese es el camino de la fe y el amor.

Así que, si vamos a amar a nuestro prójimo, en lugar de quejarnos de lo que tiene, debemos dar gracias a Dios por su bondad con él. Eso es lo que hace el amor. El amor ama a Dios, que es quien hace estas cosas. Y el amor ama al prójimo que está recibiendo estas cosas. Entonces, el amor se regocija de estas cosas buenas.

### 3. *El amor que es sincero*

Bien, para nuestro tercer punto, *el amor que es sincero*. Este mandamiento se enfoca directamente a nuestros corazones. Mientras que en otros mandamientos podemos realizar ciertas acciones externas, este mandamiento se centra en nuestro hombre interior. Por ejemplo, con el tercer mandamiento, «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano», podemos evitar exitosamente que nuestras bocas pronuncien el nombre de Dios en vano. Con el quinto mandamiento, «Honra a tu padre y a tu madre», podemos realizar exteriormente acciones que el mandamiento nos indica que hagamos. Sin embargo, el décimo mandamiento se dirige directamente, no a nuestras acciones, sino a nuestros deseos: «No codiciarás». En otras palabras, se enfoca directa y totalmente en el corazón.

Con este mandamiento, el Señor nos hace ver que a Él le preocupa la sinceridad de nuestro amor. Una cosa es hablar lo correcto, otra cosa es hacer lo correcto externamente, sin embargo, con este mandamiento, el Señor se dirige directamente a nuestros corazones, y nos recuerda que nuestros corazones deben estar verdadera y sinceramente comprometidos con nuestras acciones.

Es interesante, el apóstol Pablo identificó en particular este mandamiento como el mandamiento que lo convenció de su pecaminosidad, y le hizo ver su necesidad de salvación. Observemos sus palabras, en Romanos 7, versículos 7 al 9. Él escribe: «¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí».

Bueno, hay muchas cosas que suceden en este pasaje, sin embargo, concentrémonos por un instante en la experiencia de Pablo. Y es particularmente este mandamiento, «No codiciarás», el que lo hizo consciente de sus deseos internos, y cuán pecaminosos eran. Dijo: «porque tampoco conociera la codicia» es decir, los deseos pecaminosos, «si la ley no dijera: No codiciarás». El mandamiento hizo que Pablo, antes de su conversión, viera qué tan perverso era su corazón. Es probable que Pablo, en cuanto a lo exterior, fuera un hombre bastante respetable, incluso antes de su conversión. Probablemente era ajeno a varios pecados escandalosos. Y si lo hubieras conocido, habrías observado lo que Cristo describió de los fariseos, por fuera eran hermosos. Pero como Cristo dijo, eran como «sepulcros blanqueados», tumbas, por fuera luciendo hermosas, pero por dentro, llenos de «huesos de muertos». Esto es lo que este mandamiento le hizo ver a Pablo sobre sí mismo. Se dio cuenta de que, por muy bueno que pareciera en su exterior, en su interior era malvado.

Cada mandamiento tiene una exigencia interior. Esa es la razón por la que Cristo nos dirige hacia nuestros pensamientos y deseos en Mateo capítulo 5, cuando Él explica y ejemplifica la ley. De manera que, al enseñarnos a entender el sexto mandamiento («No matarás»), él dice en Mateo 5:22: «Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatau, quedará expuesto al infierno de fuego». En otras palabras, nuestros deseos, «cualquiera que se enoje contra su hermano», y nuestras palabras, «cualquiera que diga» se rigen por este mandamiento.

Del mismo modo, el séptimo mandamiento: «No cometerás adulterio». Cristo dice, en Mateo 5 versículo 28, «Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya

adulteró con ella en su corazón». En otras palabras, no es sólo el acto de adulterio lo que está prohibido por el mandamiento, es el deseo en el corazón de adulterar lo que está prohibido también. Así que, sería un error pensar que sólo el décimo mandamiento se dirige al corazón, porque toda la ley, cada uno de los diez mandamientos, se dirige al hombre en su exterior y en su interior, a las acciones y a los deseos.

Pablo escribió sobre esto en Romanos 7, versículo 14: «Porque sabemos que la ley es espiritual». En otras palabras, la ley no solo se dirige a nuestro comportamiento y acciones externas. Se dirige a nuestros deseos en el interior. Nuestros corazones deben sujetarse a las exigencias de Dios, y cada uno de los diez mandamientos lo exige. Pero es el décimo mandamiento en particular el que nos obliga a considerar en profundidad nuestros pensamientos y deseos internos. Al final, lo que hace este mandamiento es recordarnos que Dios exige un amor sincero, es decir, amor verdadero. No debemos limitarnos a hacer cosas externas que aparenten cumplir con los requisitos visibles. Por el contrario, debemos realmente y en verdad, con toda sinceridad, amar a Dios y a nuestro prójimo desde nuestro interior.

Así que, al reflexionar en este mandamiento, se nos obliga a examinarnos a nosotros mismos. Y al concluir, es bueno que tomemos esto en cuenta. El mandamiento en sí mismo nos recuerda que debemos buscar a Dios con fe y amor en relación con todo lo que nos ha concedido. Esto nos hace descansar en su sabiduría y provisión, sabiendo que es bueno y fiel. Además, nos dirige a mirar con bondad a los demás y a las cosas que les ha provisto Dios.

Y simplemente deberíamos hacernos esta pregunta: «¿Esto es cierto en mí? ¿Mi corazón está satisfecho con lo que Dios me ha dado, o murmuro y me quejo contra Dios? ¿Se alegra mi corazón cuando mi prójimo recibe bendiciones de Dios, o estoy murmurando y quejándome al respecto?». Podemos engañarnos al pensar que estamos bien si sólo juzgamos nuestras acciones externas, sin embargo, este mandamiento dirige nuestra atención a considerar nuestros corazones, nuestros deseos. Aunque podamos decir las cosas de manera correcta, aunque hagamos las cosas correctas, por lo menos superficialmente, nuestros corazones pueden, de hecho, estar murmurando y quejándose, y dentro de nuestras propias almas, se podría exhibir el pecado contra Dios. Debemos reconocer que estas quejas y murmuraciones son pecado. Y a los ojos de Dios, es algo reprochable.

Te reto a que busques en la Biblia esto que te voy a citar, y lo veas en la Biblia misma, que la codicia es idolatría. Busca en la Biblia ese versículo que nos muestra que cuando codiciamos, cuando violamos este mandamiento, de hecho, somos culpables de idolatría. Ahora, mientras buscas en la Biblia para encontrarlo, espero que el Señor lo traiga a tu mente con gran fuerza y peso. Pero notemos esto, cuando estamos insatisfechos de una manera pecaminosa con lo que Dios nos ha dado, en realidad estamos desafiando al mismo Dios. La codicia es idolatría. Es un pecado grave. Aunque puede ocultarse de la vista de los demás, no se oculta de la vista de Dios.

También debemos recordar que este mandamiento nos da una idea de la obra de Jesucristo. Él vino a cumplir con toda la justicia, y un aspecto de esa justicia fue su obediencia al décimo mandamiento. Esto significa que Cristo nunca estuvo descontento. Nunca deseó algo erróneamente. En otras palabras, Cristo no sólo hizo de manera correcta todas las cosas en cada momento, no sólo dijo las cosas correctas siempre, el siempre deseo hacer las cosas de manera correcta exclusivamente. Sus acciones y deseos estaban siempre y únicamente en perfecta conformidad con la ley de Dios. ¡Qué belleza hay en Cristo! En Hebreos 7, versículo 26,

encontramos a Cristo descrito como, «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores». Todo en Cristo era y es perfecto. Esto debe darnos esperanza de dos maneras.

Primero, nosotros somos los que no hemos sido santos, apacibles y sin mancha. No sólo nuestras acciones, sino también nuestros deseos han estado llenos de pecado. Sin embargo, la justicia de Cristo es perfecta. Él cumplió este mandamiento y todos los demás, de manera perfecta. Esto significa que fue capaz de ofrecerse a sí mismo como un sacrificio perfecto y sin mancha para perdón de nuestros pecados, de nosotros, los que confiamos en Jesucristo. También significa que, la justicia que nos imputa (recordemos: «¿Qué es la justificación?»), esa justicia es perfecta e intachable con respecto a sus acciones y sus deseos. Por lo tanto, todos los que confían en Jesucristo tienen un sacrificio perfecto por todos sus miserables pecados, tanto externos, como internos, y reciben una justicia perfecta, en su perfecta salvación.

En segundo lugar, este es otro motivante: Él se complace en obrar dentro de su pueblo de creyentes y redimidos, para transformar sus corazones y sus deseos, de modo que se conviertan en un pueblo en contentamiento y que ama sinceramente a su prójimo. Esto debe ser embellecido en el interior y en lo externo, y sólo es posible en Jesucristo. Si alguna vez tú o yo tendremos nuestros corazones en contentamiento, y veremos la codicia muerta, sólo será cuando confiemos y dependamos de Jesucristo, nuestro amado Salvador. Que así sea, por la gracia de Dios, para ti y para mí, y todo para su gloria.

### *Palabras de cierre*

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.